

ANTONIO OTERO SECO ANTE EL JUZGADO MILITAR DE PRENSA

El periodista y escritor extremeño Antonio Otero Seco (1905-1970) permaneció en Madrid durante la Guerra Civil mientras desarrollaba una intensa actividad profesional, no pudo escapar a tiempo de la capital para evitar las represalias de los vencedores y, tras ser detenido en su domicilio el 17 de junio de 1939, dos días después pasó a la cárcel de Porlier antes de que su caso fuera instruido por el Juzgado Militar de Prensa, cuyo titular era un antiguo amigo suyo de los círculos literarios. Su retrato de Manuel Martínez Gargallo en el texto autobiográfico *Vida entre paréntesis*, editado en 2008, coincide con los testimonios de Diego San José y Joaquín Sama Naharro, que ya fueron analizados en *Nos vemos en Chicote* para perfilar la figura del antiguo humorista. Ninguno de los tres procesados y condenados se atrevió a poner el nombre del juez por escrito, aunque sus textos permanecieran manuscritos a la espera de una hipotética publicación:

Sabía que este antiguo amigo, después de infructuosos esfuerzos por darse a conocer en el periodismo, hizo oposiciones a la carrera judicial. Más tarde he sabido -y en mí lo pude comprobar- que el tal individuo perseguía a sus antiguos compañeros de periodismo, sobre todo a los que, más pacientes, más inteligentes o más afortunados que él, habían conseguido hacerse un nombre, con un odio encendido y avivado por el recuerdo de sus antiguos fracasos (2008: II, 92).

La tardía fecha de la detención de Antonio Otero Seco contrasta con la facilitada en *Vida entre paréntesis* -«fue el 9 de abril por la noche» (II, 66)-, e indica que su captura no supuso un objetivo preferente en la generalizada represión contra los periodistas que habían permanecido en Madrid. La mayoría de aquellos que fueron procesados ya estaban detenidos antes del mes de junio. No obstante, el agente de la Policía Militar Manuel Hernández Alonso le localizó en su domicilio de la calle Juan Bravo y le condujo a la comisaría del distrito de Buenavista, sin que en el sumario conste su paso por la Dirección General de Seguridad, una referencia que sugiere la tardía y a veces imprecisa redacción del citado relato testimonial (2008, II, 76).

Allí, en la comisaría, el detenido no prestó declaración porque el comisario sabría que debía remitirlo inmediatamente a la jurisdicción militar, pero su captor justificó la actuación llevada a cabo por iniciativa propia. El testimonio para la auditoria queda recogido en un acta con los habituales errores gramaticales en este tipo de textos: Antonio Otero Seco «es persona que se ha destacado en su campaña contra el Glorioso Movimiento, por cuyo motivo [Manuel Hernández Alonso] procedió a su detención y presentación en esta comisaría; que entre otros artículos que merecen destacarse y que firmaba el detenido, figuraba uno en el que atacaba duramente a los refugiados en las embajadas». Así consta en el correspondiente documento del sumario 33664 depositado en el Archivo

General e Histórico de Defensa y del que se extraen las citas incluidas en el presente trabajo.

La escueta justificación de Manuel Hernández Alonso no vino acompañada de pruebas documentales y el policía militar tampoco necesitó de un interrogatorio al detenido para verificar con datos concretos la veracidad de la imprecisa acusación: su colaboración en la prensa republicana. La detención reflejada en el acta del 17 de junio de 1939 solo fue completada por las autoridades militares con una rutinaria consulta al Servicio de Información y Estadística de la Auditoría de Madrid, donde el 23 del mismo mes informan que no constan antecedentes del detenido. En concreto, a esas alturas del proceso solo se sabía que el detenido había escrito en la prensa republicana. No obstante, por entonces Antonio Otero Seco ya estaba en las abarrotadas instalaciones de Porlier (2008, I, 34; II, 77) y el 16 de julio de 1939 el auditor del Ejército de Ocupación mandó al juez Manuel Martínez Gargallo que instruyera el correspondiente sumarísimo de urgencia con el número arriba citado.

La acumulación de sumarísimos en el Madrid de la inmediata posguerra no permitía dar cuenta de los mismos con la debida «urgencia» y así, cuando el detenido ya llevaba dos meses en la cárcel sin ningún tipo de acusación formulada como tal, el juez madrileño le declara procesado el 11 de agosto de 1939 y dicta la primera providencia para proceder a interrogarle el día 20 del mismo mes. Mientras tanto, Antonio Otero Seco había permanecido en una especie de limbo jurídico buscando, a través de una hermana, avales entre los periodistas de derechas a los que ayudó durante la guerra. El extremeño sabe lo sucedido con sus colegas de la prensa desde el 29 de marzo, es consciente de la amenaza para su porvenir y se aferra a quienes le pueden salvar del pelotón de fusilamiento o una condena a treinta años de cárcel.

La primera declaración del detenido también es la única en un sumario que destaca por la pobreza documental de la instrucción. Ante el juez Manuel Martínez Gargallo y en unos términos bastante distantes de los recreados en *Vida entre paréntesis*, el 20 de agosto de 1939 Antonio Otero Seco explica que lleva casi diez años colaborando en distintas publicaciones de la capital a la que se trasladó a fines de 1930: *Mundo Gráfico*, *Heraldo de Madrid*, *Diario de Madrid*, *Ciudad* y *Nuevo Mundo*, siempre escribiendo reportajes por ser su especialidad. El periodista insiste en esta circunstancia para rebajar su responsabilidad al no ser el responsable de artículos con una mayor carga ideológica o política. La táctica parece ingenua a tenor de los criterios seguidos en este juzgado y, desde luego, el conjunto de la declaración contrasta con el tono de la despedida dirigida al antiguo amigo en el citado relato: «-En fin, señor juez, puesto que ahora nos hablamos de usted, ¿qué pito toca usted en esta mascarada de justicia? ¿No le da a usted vergüenza ponerse al servicio de esta máquina de matar?» (2008, II: 93).

Al empezar la guerra, Antonio Otero Seco permaneció en la redacción de *Mundo Gráfico* como reportero, pero durante el interrogatorio reconoce que en febrero de 1937 entrevistó al líder socialista Julián Besteiro para el diario vespertino *La*

Voz. El comprometedor dato lo intenta neutralizar atribuyendo al supuesto director de este último medio, José Luis Salado, la iniciativa de la entrevista. El citado periodista estaba por entonces camino de Moscú después de haber abandonado Madrid pocos días antes del final de la guerra. Sus colegas lo sabían y, como táctica exculpatoria no exenta de lógica, le atribuyeron todo tipo de responsabilidades a sabiendas de que los sumarísimos de urgencia no iban a llegar hasta la URSS. Por otra parte, Antonio Otero Seco en *Vidas entre paréntesis* recuerda que la entrevista al líder socialista se realizó en noviembre de 1936, no cita a José Luis Salado como inductor y, al parecer, el resultado no fue positivo: «fui a verle a su casa de los altos del hipódromo para hacerle una interviú y se negó a toda declaración. A trancas y barrancas conseguí sacarle algunas palabras...» (2008, II: 85).

En junio de 1937 y según la misma declaración ante el juez, Antonio Otero Seco pasa a formar parte de la redacción de *La Voz*, uno de los periódicos madrileños más combativos en defensa del gobierno republicano. La fecha hace más inverosímil que, en febrero o en noviembre de 1936, el reportero realizara un trabajo a instancias de José Luis Salado. La evidencia del dato de esta nueva colaboración en una redacción más decantada políticamente que la de *Mundo Gráfico* era constatable por parte de Manuel Martínez Gargallo. El interrogado la intenta relativizar recordando que solo escribió reportajes hasta abril de 1938, cuando se vio obligado a dejar la redacción por culpa del omnipresente José Luis Salado, que enmendaba o manipulaba sus colaboraciones para subrayar la oposición al Glorioso Movimiento Nacional.

Antonio Otero Seco pasó unos meses en paro como periodista y declara haber vivido a costa de unos familiares, hasta que en febrero de 1939 entra en la redacción de *Política*, un periódico de Izquierda Republicana donde colabora con el seudónimo de Eduardo Valverde Gálvez para encubrir el nombre de quien debiera estar movilizado junto a su quinta. La circunstancia no consta en *Vida entre paréntesis*. El supuesto emboscado acepta en la declaración haber escrito sobre las embajadas en Madrid, como había indicado su captor, aunque solo por encargo de la dirección de *La Voz* y sin criticar a los allí refugiados. El juez no parece haber insistido y se limita a recoger la declaración sin aportar a la instrucción la prueba del correspondiente ejemplar. Tal vez porque en esta ocasión no contó con la ayuda de su habitual y diligente secretario.

Finalmente, el periodista extremeño declara ante el antiguo amigo que nunca ha militado en un partido político -a diferencia de lo manifestado en el citado relato (2008, II, 93)- y solo reconoce su afiliación, obligatoria en aquellas circunstancias, al sindicato UGT desde junio de 1937. Preguntado por el juez acerca de «personas de derechas» que le pudieran avalar, Antonio Otero Seco facilita los nombres del ingeniero y abogado extremeño Domingo Díaz Ambrona, de Luis González de Linares, redactor jefe del periódico *Madrid* por entonces, y del periodista José Sanz Rubio, que colaboró en el mismo diario antes de su polémico final en 1971.

Mientras tanto, una hermana del detenido se había puesto en contacto con el segundo y el tercero de los arriba citados para conseguir informes favorables. También se dirigió a Santiago Fernández Piñero con el mismo objetivo. Los tres le responden favorablemente y por escrito entre el 18 y el 19 de junio de 1939, apenas unas horas después de producirse la detención. La rapidez de la actuación permite pensar que Antonio Otero Seco la tendría prevista -indicios no le faltaban por lo sucedido a otros colegas- y habría dejado indicaciones a su familia acerca de cómo actuar en el caso de ser detenido. Los tres escritos en defensa del extremeño pasan a incorporarse al sumario porque Luis González de Linares y José Sanz Rubio se presentaron en el juzgado para ratificar lo expuesto pocas horas después de la detención y antes de que su colega Antonio Otero Seco fuera condenado. El testimonio del «agente de propaganda» Santiago Fernández de Piñero se suma a los otros dos a pesar de que no consta su declaración en el juzgado y en contra del criterio seguido por Manuel Martínez Gargallo en los casos analizados hasta el presente. Tal vez fuera un detalle propio de una antigua amistad.

El periodista Luis González de Linares declara en el juzgado el 3 de septiembre de 1939 y explica que, gracias a las gestiones realizadas por el ahora encartado, pudo salir de la cárcel de Porlier durante la guerra. La circunstancia es relevante de cara a la futura condena, pero más significativo resulta lo declarado a continuación: «igualmente [Antonio Otero Seco] le dijo [a González de Linares] que si tenía interés por alguna persona determinada que estuviere presa, también podía gestionar su libertad y así lo hizo con dos o tres personas cuyos nombres no recuerda debido al tiempo transcurrido y la odisea sufrida por el que depone». Es decir, la iniciativa de Antonio Otero Seco no era un caso aislado fruto de una relación de amistad con Luis González de Linares, sino que el propio periodista se ofrecía a quien fuera su director para repetirlo sin mediar dicha relación.

La declaración de Luis González de Linares podría haber resultado un tanto exagerada para proteger a quien le había permitido salir en libertad, pero coincide en este sentido con la del también periodista José Sanz Rubio efectuada el 9 de septiembre de 1939. La diferencia es que, en esta ocasión, Antonio Otero Seco no intercedió por propia iniciativa, sino a instancias del abogado defensor del falangista, que veía peligrar la vida de su defendido. El extremeño no conocía a su colega detenido por los republicanos, pero -a tenor de la declaración- actuó de una forma un tanto sorprendente: «compareció el Otero Seco [sic], quien en su declaración dijo que le conocía de toda la vida [a José Sanz Rubio] y siempre había sido un antifascista declarado haciéndole una exaltada defensa. Que al terminar la vista se le acercó el Otero [sic] y le dijo que lo mismo que había mentido por él estaba dispuesto a hacerlo por cualquiera, pues era vergonzoso lo que estaba ocurriendo y los crímenes que se estaban cometiendo».

Los dos «periodistas de derechas» a las órdenes de Juan Pujol testimonian que Antonio Otero Seco estaba dispuesto a mentir ante los juzgados para salvar las vidas de quienes fueron procesados por los republicanos. Tal vez ellos mismos mintieran o exageraran en este sentido para protegerle de cara a su

procesamiento, pero hacerlo así ante un juez como Manuel Martínez Gargallo suponía un asunto delicado y, en cualquier caso, convenía evitar la sospecha de un excesivo apoyo a quien estaba inmerso en un sumarísimo de urgencia. El propio Antonio Otero Seco lo explica en *Vidas entre paréntesis*:

Yo no creía en la posibilidad de encontrar un refugio seguro. Los amigos de 'la otra acera', a los que no había molestado e, incluso, había defendido, consideraban a sus antiguos favorecedores como desconocidos. Muchos lo habían dado a entender cuando vieron la inminencia del final de la guerra. Casi todos sentían miedo a que los recién llegados supieran su amistad con algún 'rojo' o que debían su salvación a la intervención de algún antifascista (II, 64-65).

Los arriba citados superaron ese miedo en nombre de la amistad o el agradecimiento. No obstante, y de acuerdo con lo observado por Antonio Otero Seco, los avalistas que aparecen en los sumarios suelen ser bastante prudentes en sus declaraciones. No siempre, ni mucho menos, se prestan a declarar en el juzgado para ratificar sus escritos en defensa del encausado.

Mientras Antonio Otero Seco seguía en la cárcel de Porlier, el 24 de septiembre de 1939 el secretario del juzgado elabora el habitual y preceptivo informe sobre el periodista a partir de lo aportado por «fuentes de probada solvencia». El teniente Mariano Romero Sánchez-Quintanar indica que, como colaborador en *Mundo Gráfico*, el reportero extremeño formaba parte de una redacción dispuesta a exaltar «la revolución roja, sus figuras más destacadas, el ardor revolucionario de los milicianos, etc.». No aporta pruebas, a pesar de su abundancia. De *La Voz* también escribe en términos generales cuando señala que el periódico «hacía la apología de la causa marxista, se injuriaba a los elementos nacionales a quienes se presentaba como criminales vulgares y se incitaba a la resistencia». Este último punto es fundamental para fundamentar la futura condena por adhesión a la rebelión. No obstante, el informe solo da cuenta en términos más o menos concretos de la participación de Antonio Otero Seco cuando señala que fue el enviado especial a Teruel «con ocasión de la toma de dicha ciudad por la horda roja». En cuanto a su trabajo en *Política*, el teniente se limita a escribir que fue menos activo a causa de la falta de papel que tanto afectó a la viabilidad de la prensa republicana durante los últimos meses de la guerra.

El informe de Mariano Romero Sánchez-Quintanar, en comparación con otros emitidos en el mismo juzgado, es impreciso y demuestra un escaso o casi nulo conocimiento de la labor periodística de Antonio Otero Seco durante la guerra. No obstante, su conclusión resulta tajante de acuerdo con la línea seguida por la mayoría de estos informes de fuentes anónimas y nunca contrastadas: el periodista «fue siempre de ideas izquierdistas y uno de los profesionales que más se distinguieron en su lucha contra la España de Franco. Es también autor de un libro de exaltación de la causa roja». Aunque no lo cita ni aporta referencia alguna, el libro fue *Gavroche en el parapeto (trincheras de España)*, escrito en colaboración con el socialista y masón Elías Palma Ortega y publicado en Madrid, Imprenta Radio, 1937. A pesar de que su aparición fue saludada por la

prensa republicana, con la inclusión de una fotografía de los autores en compañía del general Miaja y el coronel Rojo, la referencia del informe solo habla de «un libro de exaltación de la causa roja». Ni siquiera era necesario el título para la instrucción o la condena.

La vaga referencia al libro no dio paso a la consiguiente investigación para localizarlo y aportarlo como prueba acusatoria. Manuel Martínez Gargallo parece un tanto indolente en este proceso y se limita a ordenar una providencia el 2 de octubre de 1939 para que el propio teniente, o el alférez que hacía la misma función en el juzgado, se desplazara a la hemeroteca municipal. El propósito era buscar los artículos del encausado publicados en *La Voz*. El resultado de la providencia fue negativo y el 1 de diciembre de 1939 el juez se dirige al administrador de los antiguos talleres de dicho periódico para solicitarle los artículos de Antonio Otero Seco. Finalmente, le remitieron diecisiete hojas de otros tantos ejemplares con algunas de las colaboraciones del extremeño. Esta documentación no se ha conservado en el legajo del sumario que me remitió el archivo y, lo más sorprendente, no dio paso a un vaciado o un extracto de los artículos para fundamentar la acusación, tal y como sucede en otros casos instruidos en el mismo juzgado.

La instrucción finaliza con tan solo una indagatoria cuando habitualmente se hacían dos en cada sumarísimo de urgencia para contrastar lo averiguado tras la primera. A la misma solo se suma un informe redactado en términos genéricos donde el secretario nunca cita artículos concretos del encausado, a diferencia de lo que ocurre en otros sumarísimos de urgencia. El balance es pobre, pero Manuel Martínez Gargallo redacta un auto resumen que también revela el carácter rutinario de la instrucción efectuada. La circunstancia no impide que el juez solicite el procesamiento de su antiguo amigo Antonio Otero Seco «por estimar plenamente acreditado que este individuo de filiación izquierdista realizó a partir de la fecha de iniciación del Glorioso Movimiento Nacional una activísima campaña periodística en contra del mismo publicando en diarios de la máxima circulación artículos, crónicas y reportajes en los que se injuriaba en forma soez a la España Nacional, se realizaba una apología de la causa marxista y se incitaba con todo ello a la prolongación de la resistencia armada contra el Ejército Nacional».

El 20 de diciembre de 1939, el fiscal Ramón de Orbe se limita a repetir lo instruido en unas pocas líneas y, sin mediar algún tipo de actuación por su parte, califica los hechos no probados como un delito de adhesión a la rebelión militar, párrafo 2.º, artículo 238 del Código de Justicia Militar, con las circunstancias agravantes de perversidad y trascendencia de esos supuestos hechos. La condena, por lo tanto, debía ser a muerte de acuerdo con un ritual que se repitió miles y miles de veces durante aquellos meses.

Apenas una semana después, el teniente coronel José Pardo Velarde señala las vistas para el 28 de diciembre de 1939. El fiscal se ratifica en la petición de la pena de muerte. El defensor, como es habitual en los sumarísimos de urgencia, prescinde de cualquier argumentación cuando pide la rebaja en un grado de la

pena solicitada por el ministerio fiscal. El procesado intervino en su defensa, pero según el acta sin manifestar «nada de interés». Antonio Otero Seco dice ser licenciado en Derecho -Francisco Espinosa Maestre me indica que no culminó sus estudios- y en su relato *Vida entre paréntesis* especula con la posibilidad de aprovechar esa condición para defenderse, incluso recuerda haberse preparado durante las noches y a escondidas para el consejo de guerra (2008, II, 94). En cualquier caso, la posibilidad de una autodefensa era una quimera en los sumarísimos de urgencia.

El plenario del consejo de guerra celebrado el 28 de diciembre de 1939 contó con un tribunal presidido por el citado teniente coronel, siendo los vocales el teniente Ceferino Fernández, el alférez José M.^a Pérez Viejo y el alférez Miguel Caballer y Celis, un futuro divisionario azul también presente en el de Miguel Hernández. El capitán Alfonso Cossío Corral actuó como ponente. La graduación de los oficiales difiere notablemente con respecto a la dada en *Vida entre paréntesis* (2008, II, 104). Antonio Otero Seco explica así lo sucedido en aquellas fechas:

Un día de fines de diciembre, sin otra advertencia, sin otro trámite, sin que hubiera visto a nadie del juzgado después de mi primera y única declaración, me llamaron para comparecer ante el tribunal militar que no se había molestado en contestar a mi petición de autodefensa, ni en notificarme el acta de acusación, ni decirme quién era mi abogado defensor, ni qué testigo o prueba documental podía alegar en mi descargo (2008, II, 96).

Los preámbulos de la sesión plenaria del consejo de guerra fueron coherentes con su desarrollo, que apenas duró cincuenta y siete minutos, aunque los juzgados en esta ocasión eran treinta sin ningún vínculo común. Los datos proceden de la memoria no siempre precisa del periodista y la cifra de los procesados parece un tanto excesiva para una sola sesión. El valioso testimonio de Antonio Otero Seco coincide con lo esencial de otros conservados, pero conviene recordarlo porque aporta una lógica incuestionable que debería provocar la nulidad de estos sumarísimos de urgencia: «el tribunal no iba a juzgar un delito colectivo sino treinta ‘delitos’ independientes, con características propias, los delitos de treinta hombres o mujeres con actividades distintas ‘cometidos’ en distintos lugares y en distintas circunstancias» (2008, II, 104). La cifra puede haber quedado redondeada, pero lo fundamental es el procedimiento sin ningún tipo de garantías.

El resultando de la sentencia de Antonio Otero Seco se limita a reproducir lo instruido, pero de manera poco o nada habitual en estos sumarísimos de urgencia señala la existencia de una buena conducta del encausado, así como sus servicios valiosos a personas detenidas. Otros casos instruidos en el Juzgado Militar de Prensa también cuentan con esta información aportada por los avalistas. El más significativo en ese sentido es el protagonizado por el médico y dibujante Joaquín Sama Naharro, pero los tribunales apenas conceden importancia explícita a esta circunstancia atenuante. No sucede así con Antonio

Otero Seco de acuerdo con lo reflejado en el resultando: «de buena conducta y antecedentes, periodista que con anterioridad al Alzamiento Nacional colaboraba en periódicos de matiz moderado como *Mundo Gráfico* y *Diario de Madrid* durante la dominación roja en el primero y posteriormente en *La Voz y Política* publicó diversos reportajes en que se injuriaba al Movimiento Nacional, si bien en diversas ocasiones prestó servicios valiosos a personas que se hallaban detenidas consiguiendo entre otras la libertad del Sr. Director de *Mundo Gráfico* [Luis González de Linares]».

Esa puesta en libertad del colega y otras posibles actuaciones en el mismo sentido debieron ser la clave para que la solicitada condena a muerte quedara en una a treinta años, que fue ratificada por el auditor el 10 de enero de 1940. Cinco días después, con una rapidez no demasiado habitual y lejos de lo explicado en *Vida entre paréntesis*, le comunican al preso la condena mientras permanecía en la cárcel de Porlier. No obstante, en su citado relato autobiográfico Antonio Seco Otero se presenta como condenado a muerte que ve conmutada la pena por la de treinta años. El contraste con la documentación conservada invita a considerar las memorias carcelarias del extremeño como una ficción testimonial basada en las circunstancias reales vividas por el autor y sus compañeros de prisión, pero sin la pretensión de una crónica escrita con rigor documental.

Antonio Otero Seco, tras un paso por el penal de Puerto de Santa María, fue trasladado al santanderino de El Dueso. Allí, el 9 de octubre de 1940, el periodista fue excarcelado «por haberle sido concedidos los beneficios de la prisión atenuada en su domicilio» con prohibición de salir de Madrid y obligación de pasar por comisaría una vez por semana, según consta en un documento del sumario sorprendentemente fechado el 12 de octubre del mismo año. Es decir, el preso todavía condenado a treinta años fue excarcelado tres días antes de que la dirección de la colonia penitenciaria lo comunicara al Juez Militar de Ejecutorias adscrito a la Comisión de Penas. Más sorprendente resulta si cabe observar el siguiente documento del sumario, fechado aparentemente el 12 de octubre de 1941, aunque esta última cifra está puesta a mano mientras que la del día y la del mes aparecen escritas a máquina. La firma corresponde a la Auditoría de Guerra del Cuerpo de Ejército de Guadarrama:

El Excmo. Sr. Capitán General de la 1ª Región Militar ha acordado concederle los beneficios de la prisión atenuada en su domicilio por haberse propuesto por la Comisión Provincial de Examen de Penas la reducción de la que le fue impuesta por tiempo inferior a seis años y un día, beneficios que gozará el condenado hasta tanto recaiga resolución definitiva en dicha propuesta, debiendo mientras tanto permanecer en el domicilio que elija a disposición de este juzgado, sin que pueda ausentarse de él y sometido a la vigilancia de la autoridad gubernativa correspondiente a la que se presentará con el oficio que se acompaña.

De acuerdo con la documentación obrante en el sumario, Antonio Otero Seco fue excarcelado el 9 de octubre de 1940 sin mediar una orden con fecha anterior,

tres días después la dirección de la colonia penitenciaria de El Dueso lo comunica al juez militar de ejecutorias en Madrid y un año después la auditoría del Cuerpo de Ejército de Guadarrama acuerda concederle «los beneficios de la prisión atenuada en su domicilio», que por entonces ya debería estar gozando en la madrileña calle de Ponzano, n.º 45, principal. Salvo error de interpretación por mi parte, la sucesión de los hechos debería haber sido la contraria, máxime si tenemos en cuenta que la propuesta de conmutación de la pena a cuatro años de prisión menor fue aprobada definitivamente el 20 de mayo de 1943, cuando el preso ya estaba en su domicilio en función de esa misma conmutación.

Los errores en las fechas son frecuentes en estos sumarios y llegan a las cotas verdaderamente sorprendentes en el de Miguel Hernández. La explicación más probable es que Antonio Otero Seco en realidad fuera excarcelado el 9 de octubre de 1941, tal y como figura en una providencia incluida en su sumario. De ser así, el documento de la dirección de la colonia penitenciaria de El Dueso debiera estar fechado en 1941 y no en 1940 como aparece en el sumario. En cualquier caso, no deja de ser llamativo, a la luz de otros muchos casos, que un condenado a treinta años pase a serlo a cuatro años -cinco, según su citado relato (2008, II, 143)- cuando ya está en su domicilio, sin pasar por una previa conmutación a veinte o a doce años. Antonio Otero Seco debió tener una particular suerte o los avalistas que impidieron su condena a muerte siguieron actuando en la sombra para obtener una rebaja. No obstante, la condición de los mismos no parece demasiado relevante para tal fin y la conmutación cabe considerarla generosa en comparación con los demás casos instruidos en el Juzgado Militar de Prensa.

Finalmente, en octubre de 1946 se decidió el archivo de la causa de Antonio Otero Seco y en marzo de 1947 el periodista salió camino del exilio en Francia. El motivo parece claro si recordamos sus propias palabras: «Entre 1942 y 1947, aun cuando estuve en libertad, seguí en la cárcel», aunque fuera una cárcel con tranvías (2008, II, 275). En la universidad de Rennes el periodista y escritor encontró trabajo como profesor y, sin renunciar al activismo político en los círculos del exilio, completó su obra poética, periodística y de crítica literaria recogida en un par de interesantes volúmenes por Francisco Espinosa Maestre y Miguel Ángel Lama (Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2008). Sus páginas aportan agradables sorpresas al lector, sobre todo en el apartado de la crítica literaria.

El relato de su salida del país por la frontera de Irún -vestido de cura, oculto en el fondo de una barca y con documentación falsa (2008, I, 30-31)- puede haber partido de una base veraz, pero también forma parte del incuestionable derecho a la memoria de quien durante muchos años se presentó como condenado a muerte cuando, en realidad, la tuvo tan cerca que debió sentirla con su efecto demoledor. Y, además, gracias a lo reflejado en el sumario sabemos que Antonio Otero Seco gozó de unos beneficios en la rebaja de la condena poco habituales. No obstante, recordarlo con precisión de cronista o historiador, en un texto testimonial de improbable publicación en Francia y segura censura en España, tal vez hubiera sido injusto con muchos de sus compañeros de fatiga cuya suerte

fue trágica o no contaron con apoyos familiares. Tampoco acertamos a vislumbrar la justificación legal de la rebaja en la condena a la luz de los usos habituales en los casos instruidos en el Juzgado Militar de Prensa, pero a estas alturas no esperamos coherencia donde solo hubo voluntad represiva.

La disparidad entre algunos datos del sumario 33664 y lo escrito por Antonio Otero Seco nunca debería hacernos pensar en la tergiversación o la impostura, sino en las necesidades acomodaticias de la memoria después de una experiencia trágica. El periodista extremeño escribe en primera persona cuando relata lo sucedido en las cárceles de la posguerra, pero también recoge experiencias comunes compartidas con sus compañeros de presidio. Y, por supuesto, se permite algunas licencias que, en el caso del retrato del juez Manuel Martínez Gargallo, pretenden compensar muchos años después el sufrimiento de aquellos meses. Su testimonio, por lo tanto, sigue siendo válido una vez contrastado con la documentación y queda también el conjunto de una apreciable obra literaria y periodística, ahora editada y accesible gracias a los desvelos de los familiares y los investigadores. Esos volúmenes llegan hasta fechas recientes y demuestran que las víctimas del Juzgado Militar de Prensa han quedado en la memoria de los demócratas, mientras que sus verdugos forman parte de un pasado de violencia, represión e injusticia vinculado con la etapa más dura del franquismo.

El presente texto solo es un borrador de un futuro capítulo y se suma a otros de similares características dedicados a quienes fueron procesados por el Juzgado Militar de Prensa. Todos ellos se encuentran a disposición de los investigadores en el Repositorio de la Universidad de Alicante con el objeto de contrastar la información y corregir posibles errores antes de que formen parte del anunciado ensayo sobre el citado juzgado. Quedo, por lo tanto, a disposición de esos investigadores y de quienes lo consideren oportuno para atender a sus sugerencias y completar la investigación.

En Alicante, a 10 de octubre de 2021